

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XV JORNADAS

VOLUMEN 11 (2005)

TOMO I

Horacio Faas

Aarón Saal

Marisa Velasco

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



# Psicoterapia, lenguaje y realidad: algunos supuestos epistemológicos que subyacen a las prácticas psicoterapéuticas familiares

Dante G. Duero\*

*Toda acción es política.*  
(Anderson, 1999)

## Introducción

Desde hace algunos años, algunos terapeutas sostienen que los seres humanos funcionamos no como sistemas cibernéticos sino lingüísticos (Anderson, y Goolishian, 1988). Desde esta perspectiva se sostiene que construimos relatos o ficciones para ordenar la realidad y así entender quienes somos y cómo es el mundo en que vivimos. Dichos relatos serían generados a partir de nuestras interacciones lingüísticas con otros miembros de nuestra comunidad, resultando de éstas tanto puntos de concordancia como de confrontación. A partir de ellos, generaríamos toda una "ontología" que con el tiempo quedaría naturalizada y pasaría a formar parte de lo que llamamos "realidad".

Hay quienes han propuesto que el trabajo terapéutico no es ni más ni menos que una instancia en la cual el terapeuta y el paciente trabajan en la co-construcción de una historia más adecuada e instrumental que la que, en principio, el segundo lleva a la consulta. Dicha historia le permitiría a éste dar sentido a sus vivencias presentes, comprendiendo sus orígenes y significados, así como arribar a una experiencia "organizada y coherente" que permite reemplazar y superar la historia fragmentada e incoherente con la que llega al tratamiento (Schaffer, 1981, Müller, 2000). Podemos suponer aquí que una buena narración posibilita generar versiones más flexibles acerca del mundo y de nosotros mismos, así como ampliar nuestro entendimiento y nuestra vivencia de ajuste al mismo.

Diferentes terapeutas opinan que la interacción familiar resulta un espacio adecuado para explorar y trabajar la construcciones de relatos o "narrativas": Lo anterior es consecuencia de la aceptación de algunos principios de trabajo sistémicos, como por ejemplo, que los fenómenos deben explicarse no de forma aislada sino en función de un marco o sistema que los contiene. En el caso de los seres humanos, la familia formaría parte del sistema en cuestión. Sin embargo, a diferencia de otras líneas de trabajo con familias los narrativistas han hecho hincapié en la importancia de enfrentar el trabajo terapéutico con los sistemas familiares adoptando un enfoque predominantemente lingüístico y narrativo.

Salvador Minuchin (1988) ha planteado sucesivas objeciones a la terapia familiar narrativa. Entre otras cosas- dice- este no constituye un auténtico enfoque familiar ni respeta los principios para una terapéutica sistémica.

\* Universidad Nacional de Córdoba CONICET  
[dduero@fpyh.unc.edu.ar](mailto:dduero@fpyh.unc.edu.ar)

*Epistemología e Historia de la Ciencia*, Volumen 11 (2005)

La reflexión de Minuchin dio lugar a un debate entre este autor y algunos terapeutas narrativos que los llevó a discutir el sitio del lenguaje y la familia dentro del espacio terapéutico. De tal debate me ocuparé en las líneas que siguen.

### La familia según Salvador Minuchin

Tengo la creencia de que la confrontación entre Minuchin y los terapeutas narrativos se origina de los diferentes presupuestos ontológicos y epistemológicos con los que unos y otros piensan la realidad en general y la terapia en particular. Nos enfrentaríamos aquí a lo que los epistemólogos denominan, siguiendo a Kuhn (1972), la "incommensurabilidad de paradigmas". No nos es posible, en dicho plano, comparar dos propuestas teóricas si antes no damos por sentadas ciertas cuestiones relativas a qué es la realidad y cómo llegamos a conocerla. Lo que pretendo es analizar algunos de los puntos en que ambos modelos confrontan. Luego ofreceré lo que considero podrían ser motivos para adoptar uno de ellos.

En el trabajo mencionado, Minuchin (1998) comienza cuestionando el escaso lugar que, según su parecer, los terapeutas "narrativos" otorgan, durante el trabajo terapéutico, a las interacciones entre los diferentes miembros de la familia, actitud que los conduciría a apartarse de los "principios sistémicos a fin de poner de relieve el contexto y la cultura", a hacer nuevamente hincapié, "como las teorías tradicionales, en la psicología humana individual" y a dejar de lado "aquellos aspectos de la teoría posmoderna que destacan la importancia de la interacción social". (Minuchin, 1998, pág. 11)

Para Minuchin la terapia narrativista ha sido influenciada por lo que él considera una generalización inadecuada de las tesis del "construccionismo social". Gergen (1994), uno de sus principales propulsores, alude con esta expresión a una forma de pensamiento que desplaza la "epistemología dualista" (que supone que el conocimiento es resultado de un sujeto cognoscente que se apropia de un objeto a conocer), por una concepción que remarca el carácter esencialmente constructivo de los procesos de conocimiento. Cada construcción depende aquí de cómo se haya configurado el interjuego de relaciones de poder así como del discurso hegemónico que resultó de ellas, a la hora de recortar y definir "la realidad".

Lo que Minuchin afirma es que, aunque el construccionismo social puede resultar interesante o deseable en el plano del pensamiento político, no parece haber desarrollado una teoría respecto de las familias, acerca de sus vínculos, filiaciones, influencias y conflictos entre miembros, etc. Al no contar esta metateoría con líneas directrices para abordar las "pautas de relación entre los miembros de la familia" - dice Minuchin - tampoco lo hace la práctica narrativista que de ella emana (Minuchin, 1998).

Una de las consecuencias de lo que él considera una incorrecta generalización de las tesis construccionistas es que los terapeutas narrativistas privilegien, en el trabajo familiar, el "discurso de cada miembro" por encima de las "transacciones recíprocas" que tienen lugar en el medio familiar. Para Minuchin, esto es efecto de que estos terapeutas suponen que su labor es la de permitir a cada miembro salirse de la influencia coercitiva en la que se halla inmerso. Finalmente y como resultado de lo anterior, la terapia narrativa terminaría acentuando un trabajo individual por sobre otro familiar, olvidando que el "self" y sus narraciones son el

producto social de significados compartidos que proceden por sobre todo de afuera hacia adentro en medio del seno familiar.

Junto con lo anterior, Minuchin cree que, por estar en contra de un uso inapropiado del poder, los terapeutas narrativos, pretenden evitar manifestar una posición personal y tomar decisiones que puedan influenciar desde su encuadre personal las vidas de las personas que se involucran en terapia: aquí -dice Minuchin- el narrativista prefiere adoptar una actitud de "no saber". Sin embargo, al hacer esto, nos dice, desconoce el papel de experto del propio terapeuta. En este nivel, Minuchin asume que el terapeuta conserva una perspectiva de perito que le permite guiar sus intervenciones desde un sitio privilegiado.

Para fundamentar sus anteriores observaciones, Minuchin apela a una serie de ejemplos que considera "típicos" de las prácticas terapéuticas de autores embarcados en esta nueva tendencia. Por su intermedio, Minuchin pretende demostrar las siguientes tesis: 1) que la terapia narrativa tiende a centrarse sobre ciertas "políticas de liberación" así como a implementar estrategias que permitan reconocer y modificar las "relaciones de poder" que tienen lugar entre sectores encontrados de nuestra sociedad. Con ello, el terapeuta olvida considerar aspectos específicos relativos a la clase de intercambios que tienen lugar entre los miembros de la familia durante el momento de la consulta, dejando con ello de lado un aspecto esencial para este tipo de tratamiento; 2) que dichos terapeutas hacen primar estrategias de intervención individuales por sobre el trabajo sobre el drama familiar; 3) que apuntan a un tipo de terapia que procura hacer que los miembros tomen conciencia de las "voces" de los diferentes integrantes del grupo familiar y no a lo que constituiría el eje de la terapia familiar: (una vez más) las interacciones mutuas; 4) que tienden a reforzar o intensificar los relatos individuales que algunos de sus miembros tienen respecto de sí mismos y la realidad por sobre lo que podría ser el relato conjunto de todo el grupo; 5) que al esforzarse por no aportar sus propias influencias, desconocen que tales relatos se originan en un contexto particular que es el terapéutico, contexto del cual ellos mismos forman parte.

Las limitaciones que sufriría la terapia narrativa devendría, ante todo, de que ésta prescinde de la observación del diálogo y los intercambios personales de la familia, de que desatiende las "puestas en acto" que tienen lugar durante la sesión terapéutica, de que desestima la importancia que el saber del terapeuta en tanto especialista tendría en el proceso terapéutico, de que no termina de admitir que la participación del terapeuta y su propio *self* pueden convertirse en una herramienta que amplíe y enriquezca la experiencia de los miembros del sistema familiar y de no admitir que es imposible que el terapeuta cumpla con su trabajo sin que introduzca sus sesgos personales. Finalmente, este autor está convencido de que habría una última pérdida importante en esta forma de trabajo terapéutico y es que volvería a un modelo de abordaje que haría hincapié en una psicología humana individual desconociendo aspectos propios de las interacciones sociales y dejando (Minuchin, 1998)

### Versiones narrativistas sobre la "narrativa" de Minuchin

Como veremos, es posible ofrecer respuestas a las objeciones de Minuchin y mostrar que la posición de los terapeutas narrativos posee mayor profundidad que la

que Minuchin les reconoce. Para empezar, cuestionaré la generalidad de algunos de los ejemplos que utiliza para probar sus tesis. En muchos casos, Minuchin toma como universales de la terapia narrativa lo que no han sido sino excepciones en las cuales, por cuestiones contingentes que no permitían una intervención con toda la familia, se ha tendido a aplicar una técnica que ha requerido, por ejemplo, del un trabajo con un solo miembro. No profundizaré en los problemas argumentativos de esta clase, asumiendo que sencillamente se han basado en un "error de muestreo" de Minuchin, al momento de seleccionar los ejemplos.

Me centraré en cambio en otras cuestiones que a mi parecer son más problemáticas. Estas tienen que ver, como anticipé, con que Minuchin parece partir de algunas nociones y supuestos que divergen profundamente de los de los terapeutas narrativistas. Primero que nada, Minuchin parece adherir a una "ontología" particular que condiciona su marco teórico y su metodología de trabajo. Él da por sentado que aunque no existen realmente "individuos" hay un mundo en el que existen "familias" y que éstas son *a priori* identificables y aislables del medio en el cual se hallan insertas. Esto es: piensa en las familias como un tipo de "clase natural", de "fenómeno en el mundo", de "categoría ontológica" o algo por el estilo, un fenómeno, por cierto, menos artificial que el postulado desde la psicología individual debajo de la noción de *sujeto*. Dice caracterizándola:

Yo me refiero al reconocimiento de la familia como *crisol* para el desarrollo y el intercambio humanos, como *recurso primordial* de sanación familiar (Minuchin, 1999, pág. 31)

Mi hipótesis es que aquí existiría puntos de desacuerdo con la noción que tiene la narrativa de la familia. Minuchin claramente adopta una posición realista. Es decir que da por sentado que hay "fenómenos" que existen independientemente del observador. Así, considera -por ejemplo- que los sistemas familiares presentan una *estructura*, o sea, unidades constituyentes que pueden y deben ser identificadas, aisladas y relacionadas a fin de determinar una todo configuracional. En este sentido, Minuchin (1998, 1999) espera definir reglas más o menos universales que condicionan cada patrón de configuraciones, que pueden ser identificadas por debajo de fenómenos aparentemente diversos para así explicar el adecuado o inadecuado funcionamiento de cada grupo familiar. Pero la posición narrativa puede aquí objetar diciendo que las familias no existen más que en la mente de Minuchin, y que las diferentes narraciones "familiares" han sido generadas por "familias" que se hallan incluidas dentro de un contexto aún más general: el social.

Al respecto, tal vez quepa aclarar que aunque el estructuralismo de Minuchin comparte con la narrativa la falta de preponderancia que, en comparación con otras corrientes, dan al sujeto (al considerarlo como un producto de fuerzas de la realidad social en que se halla inmerso), la segunda pone en cuestión ciertos presupuestos sobre los sería "la realidad en sí". Para la narrativa, la definición de "la realidad" estaría en manos de sectores beneficiados que han tratado de legitimar la distribución desigual de poderes y que han impuesto ciertas formas discursivas (muchas veces las de la ciencia) por sobre otras. Por otra parte, como en seguida veremos, el teórico narrativo sostiene que no es posible no participar en dicho entretendido. Cualquier construcción narrativa supone haberse inmiscuido y tomado

posición dentro de una "política". En consecuencia el terapeuta y la familia son fenómenos históricos que se hallan inmersos en una lucha de fuerzas. Es por esto que las "estructuras" y las "interacciones" de Minuchin no dejan de ser sino "heurísticas" o, por qué no, "metanarrativas" que el propio terapeuta emplea a modo de hermenéutica para dar significado al mundo en el que lleva a cabo sus prácticas. Esto puede ser dicho porque para un narrativista no existen "las familias" y porque nuestras generalizaciones sobre cómo son y funcionan no son sino ficciones por medio de las cuales pretendemos crear sentido y dar coherencia a un particular tipo de experiencia: la del marco terapéutico.

Aquí podría resultar aclaradora la distinción de la sistémica entre dos perspectivas cognoscitivas, una de primer y otra de segundo orden. Las familias pueden ser tenidas, en un comienzo, como sistemas observados. El terapeuta permanece fuera "como observador" e interactúa con los miembros del sistema. La perspectiva de segundo orden, en tanto, alude a las teorías que organizan la experiencia de los sistemas observantes. El terapeuta no se separa, en este plano, del "sistema" que intenta observar. Cuando el terapeuta analiza el comportamiento y las narrativas familiares (perspectiva de primer orden), no puede desconocer que (desde una perspectiva de segundo orden) él también forma parte de ese "sistema" que ha pretendido aislar y que la propia noción de "sistema" tiene que ver con ciertos prejuicios o preconceptos que el terapeuta ha naturalizado y que constituyen parte de su propia narrativa.

La narrativa comienza por hacer una crítica al lenguaje como *representante* de la realidad cuyo significado se halla en la palabra, o del conocimiento como un proceso dual en donde puede diferenciarse a un sujeto cognoscente de un objeto conocido o por conocer; esta crítica implica cuestionar entre otras cosas nuestra visión del conocimiento como unilateral o el supuesto de que hay algunas descripciones "verdaderas" y otras "falsas" acerca de la realidad. Como sostienen Combs y Freedman, siempre es el lenguaje el que construye nuestras percepciones acerca del mundo. En las palabras de Luis Botella.

el significado depende del lenguaje, concebido no como mecanismo de apropiación de un mundo externo, sino como el origen mismo del proceso de establecer distinciones que dan lugar a un mundo (Botella et al, 1999, pág.2)

El lenguaje no descubre una realidad preexistente sino que la genera. Y es que todo significado es por esencia- o esto es al menos lo que por lo común se sostiene desde la narrativa- relacional. Cualquier categoría o concepto deviene tal por su relación con otras categorías o conceptos, cosa que hace del lenguaje algo autorreferencial, en cual cada significante adquiere su significado por su relación con otros significantes. Gracias a ese conjunto de nociones, conceptos y proposiciones interrelacionados configuramos cada "fenómeno" volviéndolo significativo (Derrida, 1974)

Según mi parecer, esta postura no es compartida por Minuchin más que en un sentido trivial. Él parece aceptar que existen ciertos "espacios de significación" que se prestan a formas particulares e idiosincrásicas de dar sentido a nuestra experiencia. Sin embargo, parece también creer en un formato invariante más profundo que da forma a una realidad y que puede en algún sentido ser indepen-

diente del sujeto concededor. Anclado en tal conjunto de presupuestos, la propuesta narrativa le parecerá incoherente. Pero así como él puede cuestionar ciertos supuestos narrativistas, es posible (y a mi parecer deseable) poner en entredicho algunas cosas que él da por sentadas.

### Trabajar con la "familia" y trabajar con "personas"

El otro punto de controversia entre ambas posiciones tiene que ver con lo que unos y otros entienden cuando hablan de "trabajar con la familia". De acuerdo con Minuchin, sólo es posible trabajar terapéuticamente observando las interacciones de los miembros de la familia durante su estadía en la hora de consulta. La conversación terapéutica es solamente un medio para reproducir y representar tales interacciones, pero en sí misma es muy diferente de éstas. Para narrativistas como Combs y Freedman (1999), en cambio, trabajar desde las "narrativas" es trabajar con la familia. Y eso es así debido a que las prácticas narrativas que ocurren durante o tras el encuentro terapéutico, antes que modificar "las representaciones" que se tienen sobre la realidad familiar, reconstruyen y modifican las propias pautas interaccionales. Al ser definidas en términos diferentes una relación se vuelve en sí misma diferente.

Algo semejante ocurre en lo concerniente al trabajo con "personas" y la idea de "self". A diferencia de lo que piensa Minuchin (para el cual el concepto de "self" es de poca utilidad terapéutica por ser una mera ficción imprecisa que genera la impresión de que en el mundo existen mismidades aisladas), los narrativistas piensan en esta noción de un modo relacional. La idea de "yo" queda definida, para el narrativista, por el conjunto de interacciones y relatos en los cuales la persona que se narra a sí misma se halla inmersa.

Esto último pone en entredicho la acusación de Minuchin de que los narrativistas pecan de optimismo al privilegiar "el ser escucha y testigo, el contar y el recontar" y al no "tomar en cuenta el efecto de la influencia familiar en la voz del que relata". Para este autor esto resulta de que para la terapia narrativa "los individuos serían más proclives al cambio" de lo que indica la experiencia clínica (Minuchin, 1999, pág. 30). Cabe comentar dos cosas. Con respecto a la primera acusación, ya hemos visto (no debiera ser necesario insistir más) lo que piensan los terapeutas narrativos. Cualquier cambio en la narración de un sujeto presupone ya un cambio de "su" mundo, del modo en que define el problema o a la comunicación entre los diferentes miembros de la familia, además de que lo orienta hacia nuevas pautas de interacción. Y aquí quiero hacer una breve digresión respecto de la segunda crítica de Minuchin, la del supuesto "optimismo" de los narrativistas.

Quizá en este punto Minuchin tenga razón si piensa que las narraciones están determinadas por factores que en sí mismos no son "narrativos". Con su modelo, por ejemplo, Minuchin tiende a provocar cambios y reorganizaciones del "sistema familiar" y ello suele ir de la mano de "mejorías" o alteraciones en los "patrones interaccionales". Ahora bien, Minuchin parece creer que dichas modificaciones actúan directamente sobre las pautas de relación y no sobre las formas de verlas, conocerlas y significarlas de los integrantes. Personalmente, acepto la crítica de que tal vez se peque de un desmedido optimismo si se piensa que tan sólo "describiendo" y "recontando" la propia historia van a darse modificaciones es-

tables a nivel familiar; muchas veces es necesario apelar a una forma de intervención que implica más que una emisión lingüística. Más esa intervención, que aparentemente no recurre a "narraciones" incide sobre el modo de ordenar las vivencias de los agentes involucrados en un plano narrativo. Es en este sentido que decimos que las narraciones son constitutivas de la experiencia humana. Todo acto conlleva una narrativa y toda narrativa conduce a un modo de actuar en el mundo. Es por tanto falsa la dicotomía que pretende establecer entre "hechos" y "narraciones sobre hechos" y de la que hace cargo a los terapeutas narrativos al afirmar:

Los sistémicos no separan el significado de la relación entre las personas que producen ese significado. Parten de la base de que el sujeto, el texto y las transacciones están entrelazados y que el terapeuta necesita prestar atención a esa complejidad (Minuchin, 1999, pág. 31).

Que yo sepa, ningún psicólogo narrativo contradiría lo anterior. Por lo demás, cualquiera de ellos acordaría plenamente con Minuchin al sostener que:

La comprensión experiencial de la gente incluye la emoción, la angustia, la furia, la exaltación, el placer, el temor, la pasión estética, las restricciones morales, los éxtasis religiosos ... (Minuchin, 1999, pág. 33)

Con lo que quizá muestren su incomodidad es con el pensamiento que parece subyacer al comentario de Minuchin de que tales "fenómenos" pueden ser pensados como independientes de un lenguaje. "Relación entre personas", "sujetos", "texto" o "transacciones" forman parte ya de una particular "metanarrativa" del terapeuta. Lenguaje y experiencia no son, para la narrativa, dos cosas que puedan ser separadas sino dos aspectos de un mismo "fenómeno".

Respecto a la crítica de Minuchin, de que para el terapeuta narrativista es posible y deseable, durante cada intervención, mantenerse fuera del sistema de relaciones de cada familia a fin de no influenciar con su propio punto de vista la perspectiva de sus pacientes, debo decir que parte de una visión desvirtuada del pensamiento narrativo. En terapia narrativa se cree que el terapeuta no puede sino involucrarse en la trama de narraciones de la familia, participando a partir de sus propias perspectivas, conceptos o prejuicios. Lo que, en todo caso, el narrativista reconoce, es que la suya es una posición tan subjetiva como la de sus pacientes. Al asumir que debe centrarse en las "pautas de interacción", por ejemplo, el psicólogo está recurriendo a una definición del problema, diferente de la de la familia, que se halla determinada por tal forma de recortar la experiencia para conferirle los significados del propio terapeuta.

## Conclusiones

Minuchin y los terapeutas narrativistas conciben de formas diferentes al lenguaje, el conocimiento, la familia y la terapia. Mientras que el primero parece posicionarse más próximo a lo que la cibernética define como "perspectiva de primer orden" los segundos lo hacen sobre una "perspectiva de segundo orden". Esto último lleva a estos últimos a considerar: 1) que las concepciones del terapeuta conforman tan sólo una de entre muchas narraciones posibles, no mejor ni peor que la de sus pacientes, 2) que la ideología y los prejuicios constituyen las narrativas

de uno y otros; 3) que la noción de "familia" tal como es entendida por Minuchin forma parte de una particular narrativa (o metanarrativa); 4) que lo que vuelve a la terapéutica "familiar" es el hecho de que el terapeuta se posicione sobre un paradigma que le permita observar los discursos individuales como conformando parte de un sistema complejo en el que se cruzan narraciones de diferentes tipos y niveles.

Como dije previamente, no es posible decidir qué perspectiva es mejor antes de optar por un paradigma epistemológico y filosófico que ordene nuestro territorio. El modelo terapéutico de Minuchin nos condiciona a aceptar *a priori* una forma de pensamiento realista. Muy diferente es la propuesta del constuccionismo social o de la narrativa para quien la distinción dualista debiera abolirse, la noción de conocimiento relativizarse y la de experto desestimarse. Aquí, el juego se daría en un intercambio libre que nos conduzca más que hacia "verdades" a "historias" más adecuadas y coherentes para construir nuestra visión de nosotros, la familia, el mundo, etc.

Espero haber podido ofrecer algunas herramientas para repensar y clarificar aspectos que considero clave de la anterior disputa. Al respecto diré que creo que es de máxima relevancia que un terapeuta sea capaz de identificar cuáles son los supuestos y cuál el conjunto de prenociones que ha dado por sentado para justificar su práctica terapéutica. Si algo de esto se ha cumplido me daré por satisfecho.

## Bibliografía

- Anderson, H. y Goolishian, H. A. (1988). "Human system as linguistic systems: Preliminary and evolving ideas about the implications for clinical therapy". *Family Process*, 27. Pág. 371-393.
- Botella, L; Herrero, O y Pacheco M.: *Análisis de Narrativas con Apoyo computerizado: Fundamento Teórico Metodología y Aplicaciones a la Psicoterapia*. FPCEE Blanquerna, Universitat Ramon Lull. Publicación electrónica.
- Combs, G. y Freedman, J. (1999): "Contar y Recontar". *Journal of Marital and Family Therapy*, vol 24, No 4. Reproducido en *Sistemas Familiares*, noviembre de 1999 (pág. 9-13).
- Derrida, J. (1974): *Of Grammatology*. Baltimore MD: Johns Hopkins University Press.
- Gergen, K. J. (1994): *Realities and relationships: soundings in social construction*, Cambridge: Harvard University Press.
- Goolishian, H. y Anderson, H. (1990): "Understanding the therapeutic system: from individuals and the families to systems in language", en F. Kaslow, comp., *Voices in Family Psychology*, Newbury Park, CA, Sage.
- Minuchin, S. (1998): "¿Dónde está la familia en la terapia familiar narrativa?", *Sistemas Familiares*, Nov. 1998, pág. 11-18.
- Minuchin, S. (1999): "Recontar, reimaginar y rebuscar: la conversación continua", *Journal of Marital and Family Therapy*, vol 25, No 1. Reproducido en *Sistemas Familiares*, noviembre de 1999 (pág. 29-34).
- Ricoeur, P. (1984) *Educación y Política*. Editorial Docencia.
- Schafer, R. (1981): "Narration in Psychoanalytic Dialogue". En W J T. Mitchell (ed). *On Narrative*, Chigaf: University of Chigaf Press, pag. 31
- Spence, D. (1984): *Narrative Truth and Historical Truth: Meaning and Interpretation in Psychoanalysis*. Norton, New York
- White, M. y Wpston, D. (1990): *Narrative Means to Therapeutic Ends*, Nueva York, Norton.